

Querido y recordado Armando:

Como me resulta tan difícil pensar en ti sin poderte ver, me puse a escribirte esta carta que, espero, pueda sintetizar lo que siento en este momento tan difícil de mi vida y de la tuya... Tú recién empiezas a estar muerto y yo recién empiezo a estar huérfana de ti. ¿Querido y recordado Armando? ¿Querido y recordado papá? La verdad es que no se como llamarte ahora que te has pasado al otro lado de la vida, aquel que se parece tanto a esos espejos transparentes por un lado que siempre ponen en las salas de los sicólogos y uno sabe que lo están viendo pero no puede verse más que a si mismo. En realidad, tú eras mi papá y ahora ya dejaste de serlo... Pasaste a ser un nombre, que nuestra familia lucirá orgullosa por varias generaciones así como esas historias de las tías que tú contabas y que terminarán siendo una anécdota en el nebuloso recuerdo de algún nieto que no te conoció o te conoció apenas. Pero mi papá de abrazos y besos, de sonreír y cantar, de enojarse por cualquier tontera o compartir con los amigos, de contar infinitas historias de conocidos y desconocidos, el papá de amar y de querer hasta los huesos se fue lejos de mí hacia un lugar donde no puedo alcanzarlo. Así que, usando la lógica que siempre me admiraste, puedo afirmar que mi papá se ha muerto.

Queda, eso sí, el nombre y la condición, innegable, de haberme dado la mitad de la vida, la mitad de mis genes, la mitad de mi aliento y de mi ser. Fuiste, entonces, mi semi-dios, aquel que unido a otra semi-diosa, pudo hacer Dios y generarme durante aquel asombroso momento en que fui concebida. Padre, en sentido estricto es eso, quien, en comunión con otra, te genera, te crea, quien, en gran medida, determina y especifica lo que serás física y espiritualmente. Así es en mi caso: heredé tus manos gruesas y tu vocación por el tiempo, entre un millar de rasgos que tú veías y me puntualizabas como para que no los olvidara jamás. Puedo decir, entonces, Armando de Ramón fue mi padre, tengo sus manos y su vocación por el tiempo. Queda viviendo de ti en mí y en mis hermanos ese genoma que podría reconstruirse en un sinfín de fórmulas que expresarían un concepto genético. Ese fue tu padre, sin lugar a dudas, esa

hipótesis es aquello de lo que provienes en un preciso 50%. Según la lógica positiva de la ciencia, mi padre, entonces, vive en mí.

Pero aquel a quien yo llamaba papá, aquella esencia encerrada en aquel código genético, entrecruzada con las cadenas de ADN, escondida detrás o debajo de un millar de leucocitos, vibrando entre los huesos, tendones, nervios, músculos y piel que eran sus manos gruesas, perdió el aliento. Ese interminable palpitar de ideas y recuerdos confundidos en su voz y en su forma de ser cesó para siempre porque el agua de este río en el que navegamos juntos por más de cuarenta años decidió abrir un nuevo cauce y llevarte con él. De manera que me he quedado sentada a un lado del camino viendo como te alejas, sabiendo que algún día vendrás a buscarme, pero que no puedes mirar hacia atrás, que no puedes seguir acompañándome en esta tormentosa vida que me ha tocado vivir. Viejito lindo, no sabes cuanto eras mi consuelo, mi razón para seguir dando esta pelea, nunca podrás saber cuanto eras el pilar sobre el que me apoyaba, como me ayudabas a seguir, a pensar, a creer, a reír, a sentirme segura en el camino. No tengo consuelo, Armando, ni lo tendré jamás. No podré dejar de echarte de menos cada día del resto de mis días, no podré dejar de pensar en ti en cada cosa que haga, cada vez que mire mis manos gruesas, cada vez que piense en el tiempo.

Así que no es nada fácil hablar de ti o de tu obra en este rincón tan tuyo como esta Universidad, estos estudiantes y estos profesores. Recordar por ejemplo, cuando recién comenzaste a trabajar en el Instituto de Historia, allá cerca de la cordillera y a mis hermanos "los rucios", almorzando contigo en el casino. Recordar el Campus Oriente y la oficina chiquita, después más grande, repleta de papeles y fichas. Recordar a tus queridos estudiantes y a los ayudantes que siempre poblaban la casa. Sus historias, sus penas, sus alegrías, sus discusiones. A un estudiante en particular que se acercó a mí hace un par de meses para contarme que hace muchos años atrás, como estudiante de la Universidad Católica de Valparaíso se había interesado por hacer su tesis en historia urbana de Valparaíso y que tu lo ayudaste a través de un par de reuniones y buenos consejos. Pasados unos meses fue detenido por razones

políticas y debió pasar casi un año en prisión para salir después al exilio. Pues bien, tu te diste el trabajo de ir a verlo, aunque apenas lo conocías y le llevaste de regalo uno de tus libros, la memoria biográfica de Sor Úrsula Suarez. Él nunca supo por qué le regalaste ese libro, precisamente. Yo lo recuerdo bien y puedo decírselo ahora a todos quienes se han reunido para recordarte. Se lo regalaste porque durante los años posteriores a 1973, el encuentro con Sor Úrsula Suárez te permitió sobrevivir a tanto horror que veías a tu lado. Porque la vida de esta mujer del siglo XVII te recordaba tu propia lucha, el más débil de los hombres frente a la prepotencia que quien tiene el poder y ese poder le da la razón aunque no la tenga. Qué pena que ya no tengas recuerdos y que a cambio nos dejes tu recuerdo sin futuro mientras nosotros nos alejamos de tu lado.

Recordarte... Una frase que alguna vez encontraste en una obra de teatro norteamericana "el pasado siempre puede modificarse, el futuro no", demuestra que recordar es siempre modificar la realidad vivida. Así que justificado por George Bernard Shaw, te dedicaste a "reformular" el pasado según lo veían tus ojos así que para entender tu historiografía es necesario meterse en esos ojos y en aquello que vieron y vivieron. Tú creciste en el seno de una familia para la cual los ancestros eran fundamentales. De hecho, una de tus primeras obras, "El linaje del conquistador Francisco Hernández de Herrera" lo construiste para tu madre y tus tías, para demostrar la relación de estas tres señoras con la mismísima conquista. Aquello de venir de algo, de ser un eslabón en la cadena de hechos que construyeron el pasado era para ti la razón de tu interés por la historia; el hecho que en el pasado estaba parte de lo que uno es hoy en día, tanto de su carga genética como de su cultura, de la manera de ser de cada uno. Me viene a la memoria uno de tus maestros, uno de los que nadie se acuerda mucho: Juan Luis Espejo, un genealogista al que conocí muy anciano que te dijo un día "estos ojos, refiriéndose a los suyos, han visto ojos que fueron testigos de la independencia de Chile; ahora contemplan ojos, refiriéndose a los tuyos, que verán el siglo XXI".

Para ti, la historia era una prolongación de tu prodigiosa memoria y tu memoria era, en definitiva, tu propia vida y la de aquellos a quienes habías conocido. La historia urbana era una forma de entender el desarrollo de la ciudad en la que tu viviste cuando niño y joven, aquella que albergaba tus primeros recuerdos, por ejemplo, aquella entrada desde el exilio de Marmaduke Grove por la avenida Matucana mientras tu mirabas todo aquel espectáculo aferrado a la mano de tu madre, o tus paseos en tranvía hasta la plaza Los Guindos. Así que la Historia de Santiago –y en parte la historia de Chile– terminó siendo la historia de la lucha por la hegemonía de la zona central de Chile aquella a la que amabas tanto como para exclamar recordando a tu padre, cuando entrabas en zonas rurales, por ejemplo Curacaví, Paine, Graneros, las inmediaciones de Talca, Pehuenhue, “se me abre el corazón”. Para ti la historia era hablar de Misisa Agapita, del fundo de los Correa en Colín, de don Eduardo del Campo, tu segundo padre, el juez de Casablanca, de los tiempos de la radio Agricultura cuando acompañabas a tus hermanas “El dúo Primavera” a cantar. Eran las cabalgatas en Colchagua junto a Raúl de Ramón y los almuerzos de domingo con las empanadas de huevo duro. Por eso, toda cultura tradicional que no fuera originaria de la zona central, para ti era extranjera. Como no recordar que siempre le recriminabas a Gabriel Salazar que la música que interpretaba en su grupo era “boliviana” y no chilena. Como no recordar tu gallardía al bailar la cueca.

Pero también la historia tenía otra dimensión, la dimensión cristiana, profundamente religiosa que fue la que hizo de tí un hombre tan especial, tan contradictorio, tan inexplicable. Como siempre contabas, tú fuiste creyente del alma, tenías, según tus propias palabras “la fe del carretonero”. Alguna vez contabas una anécdota que interpretaba plenamente tu manera de concebir la teología. Contabas del sermón de un cura de campo que alguna vez escuchaste en tu juventud. El cura, refiriéndose a la impiedad de algunos políticos radicales de tiempos remotos, dijo que “hay algunos que dicen que no hay Dios... Yo les digo a ellos, Si, si hay”. Esa era tu teología fundamental; nada podían agregar o quitar ni Santo Tomás ni el mismísimo Papa. Hay Dios y está representado en la

Iglesia, eso es todo. De manera que, cuando fuiste adulto no tuviste más que ser Conservador y firmar por el partido como católico que eras. Como tú decías, en ese tiempo, un hombre de tu situación social, no podía ser otra cosa, si eras católico eras conservador y si eras librepensador eras liberal. Así como no se podía estudiar otra cosa que no fuera leyes, medicina, ingeniería o arquitectura. Eso fue lo que tú hiciste, estudiar leyes y ser conservador.

Pero Dios pedía consecuencia, la consecuencia del Evangelio y de las Bienaventuranzas: "Felices los que tienen el espíritu de pobre, felices los que lloran, felices los pacientes, felices los que tienen hambre y sed de justicia, felices los compasivos, felices los de corazón limpio, felices los que trabajan por la paz, felices los que son perseguidos porque de ellos es el Reino de los Cielos; Dichosos Uds. cuando por causa mía los maldigan, los persigan y les levanten toda clase de calumnias..." Así que dentro de todo ese mundo de latifundio, ese mundo patriarcal en el que te tocó nacer, en el que a tu padre lo llamabas señor y le dabas la mano, tuviste que incorporar a ese otro Chile el de los que "habían tocado el banquete de la vida sólo con el deseo", como dijo Carlos Pezoa Véliz, esos mismos que te rodeaban en el campo, esos montones de empleadas, mujeres e hijas de inquilinos arremolinándose en la cocina preparando el pastel de choclo o el dulce de membrillo, esos hombres curvados sobre el surco, aquellos que acompañaban esa tarde a Marmaduque, los que conducían el tranvía rumbo a Los Guindos, los que pedían a gritos ayuda en la calle durante la crisis de los años 30, esos que te atacaban tirándote piojos contaminados con tifus para vengarse en ti de su maldita suerte, los que iban tirados sobre la cubierta del barco que trasportó a tu familia a Antofagasta para paliar la depresión económica en 1931.

Tu historiografía es, entonces, la de un hombre chileno del siglo XX, perteneciente a las clases acomodadas de la sociedad, profundamente cristiano y consecuente. Pero además, tu historiografía sigue la metodología del campesino; la metodología que tu mismo llamabas de la "pala y la picota". Hay otras historiografías que siguen otros métodos... la mía, por ejemplo, es la de la poesía y el sentimiento; hay otras del tahúr, otras del malabarista... La tuya era

la del hombre (o la mujer) que busca su campo y su clima, hace el surco, planta, riega y espera la simiente que surge de la tierra después años de trabajo. Así que los Archivos eran para ti el fundamento de tu trabajo. Reconstruir, como en un rompecabezas, lo que había pasado en alguna época era para ti la causa de tu interés en la historia. Toda mi infancia la viví rodeada de fichas, cajas, ayudantes, libros y papeles. Pero el momento más espectacular de esa vocación de campesino fue cuando reconstruiste la Historia de la propiedad urbana de Santiago durante el siglo XVII. Siguiendo a tu maestro más admirado, don Tomás Thayer Ojeda -a quien conociste gracias a la intercesión de Fabiola Letelier, quien era tu compañera de Universidad y sobrina del gran maestro y que para tu gran orgullo había alcanzado a leer tu Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro-, quisiste continuar con su obra, es decir, Santiago durante el siglo XVI y la Sociedad chilena durante la colonia. Así que premunido de una enorme plancha de plumavit, interveniste el comedor con un plano de Santiago del siglo XVII que ocupaba toda la superficie de una de las paredes de la habitación y sobre el que ibas instalando los nombres de los propietarios de cada solar traspasado por un alfiler. De un día para otro nuestra casa fue convertida, como después ocurrió muchas veces después, en una especie de campo de batalla de la historiografía. Y así, alfiler tras alfiler, reconstruiste completo el enigma, hiciste aparecer ante mis deslumbrados ojos aquel pedazo del pasado. Esos deslumbrados ojos, entonces, descubrieron aquellos nombres que emergían de 300 años atrás: Manuel de Toro Mazotte, Jerónimo de Ugas, Juan Rodolfo Lisperguer, Mencia de los Nidos... Muchos otros ojos vieron también como convertías aquel espacio yermo, olvidado, perdido entre mil papeles ilegibles, en un jardín lleno de sentidos y significados... En otras palabras, como revivías a los muertos y los ponías ante nuestros ojos. Así, según tus palabras, nos dabas la oportunidad de ver aquello de lo que veníamos, a lo que pertenecíamos.